



NÚMERO 811

25 DE ENERO DE 1915

AÑO XXXII



1 a 3.—Trajes de entretiempo

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

TEXTO. — Explicación del suplemento. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — Don Gaspar, el limosnero. — Pensamientos. — Oliverio Twist, novela de Carlos Dickens. — Recetas culinarias.

GRABADOS. — 1 a 3. Trajes de entretiempo. — 4 a 8. Faldas novedad. — 9 a 13. Labores de fantasía. — 14 a 20. Trajes para jovencitas. — 21 y 22. Trajecito de terciopelo para niña de 8 a 11 años y patrones del mismo.

EXPLICACIÓN DEL SUPLEMENTO

FIGURÍN ILUMINADO. — Traje sastre de vestir, de terciopelo o charmeuse; chaqueta larga a pliegues, solapas y faja de moaré, cuello y bocamangas de skungs.

IV. *Delantero* abotonado delante, reteniendo una túnica plegada de gruesos pliegues planos.

V. *Falda* de tres volantitos sobrepuestos; el delantero, abotonado hasta la altura de la rodilla, retiene los volantes.

9 a 13. LABORES DE FANTASÍA.

I. *Almohadón* de raso flexible color rosa pálido, forma redonda; ancho entredós de fino guipur, volante de encaje de guipur, rucha y lazada de raso rosa.

II. *Almohadón* de raso flexible color malva, adornado con anchas tiras de linón blanco de bordado inglés; entre las tiras, el raso está fruncido y ligeramente abullonado; volante de seda color malva.

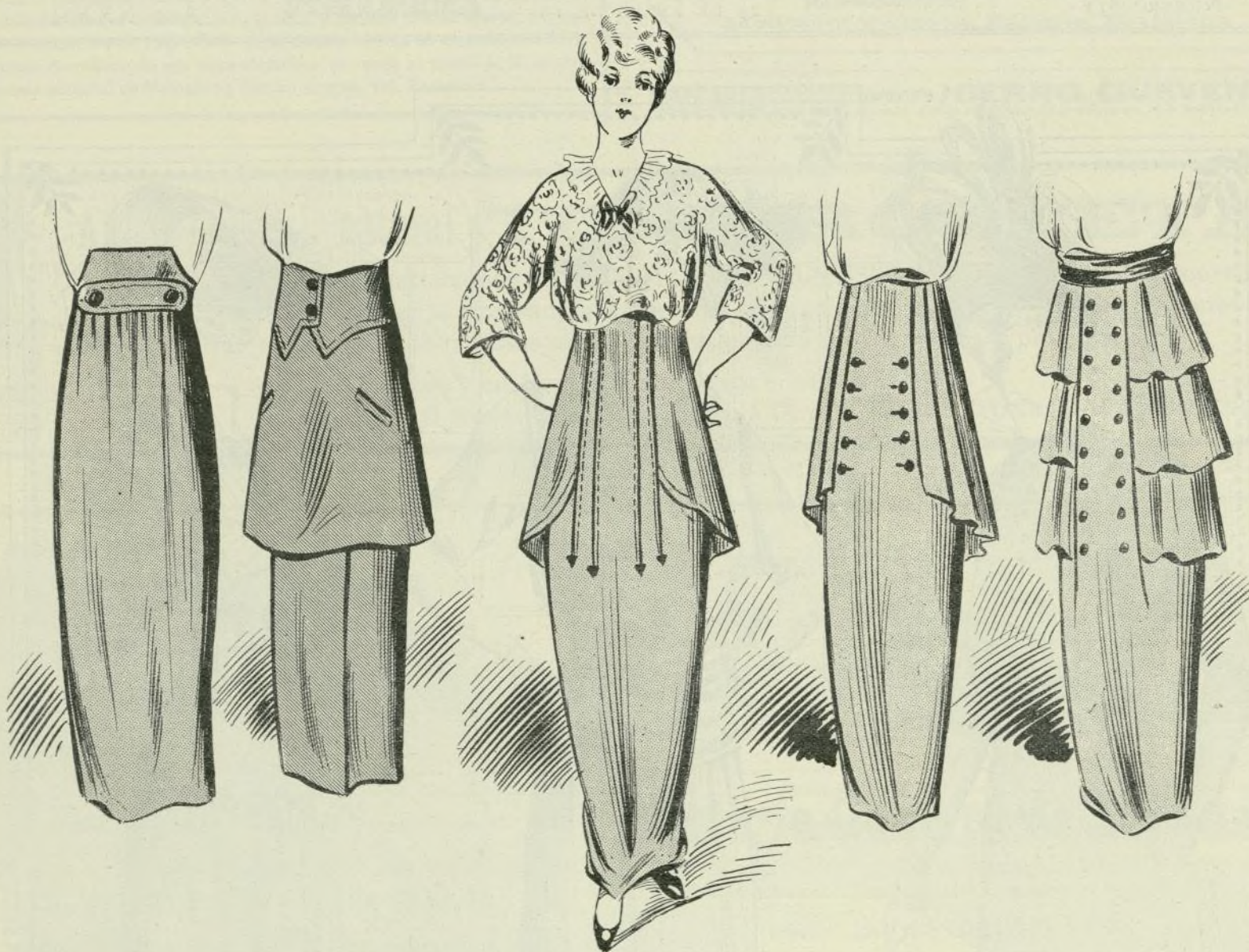
III. *Muñeca* antigua; torso y cabeza de porcelana; sombrero de raso, forrado de terciopelo, con una pluma blanca. Vestido de glacé rosa pálido, adornado con pequeños volantes de encaje de oro. Corpiño y faldón de seda brochada rosa y verde; lacitos de terciopelo negro.

IV. *Almohadilla* de tafetán color azul cielo, recubierto de

CRÓNICA DE LA MODA

Entre nosotros existen ideas muy equivocadas—según han afirmado en la *Nouvelle Revue Internationale* Fauconney y Marina—acerca de la condición de las mujeres turcas, figurándonos que las mujeres en Turquía son unas verdaderas esclavas cuando, bien pesadas las ventajas y las desventajas, habría muchas mujeres en Europa que cambiarían con gusto su libertad por la pretendida esclavitud de la mujer turca.

La mujer casada, en todo el imperio turco, tiene los mismos privilegios que entre nosotros, y hasta



4 a 8.—Faldas novedad

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 a 3. TRAJES DE ENTRETÍEMPO.

I. *Traje* de jerga color azul marino, adornado con botones de raso negro, faja de raso negro y trencilla del mismo color; faja drapeada de raso negro; cuello de muselina. Sombrero de raso negro, adornado con un airón.

II. *Traje* de glacé flexible, color verde hoja; faja alta de glacé negro; adorno de trencilla; túnica larga, fruncida debajo de la faja. Sombrero adornado con plumas.

III. *Traje* de raso flexible; corpiño formando coselete, atado mediante patitas de terciopelo negro; falda con canesú, adornada con botones; faja de terciopelo negro, cerrada con un broche largo de acero; cuello de linón.

4 a 8. FALDAS NOVEDAD.

Damos a continuación una serie de faldas, todas altamente modernas y elegantes. Estos modelos se pueden ejecutar en un tejido cualquiera, seda o lana, según el uso al cual se destina la prenda.

I. *Falda* recta, con costura en cada lado, subiendo ligeramente las piezas de detrás y delante, en forma de *panneau* recortada, una pata muy ancha, abotonada, recoge la anchura delante y detrás.

II. La faja, muy ancha, recoge la túnica corta, cortada en forma; dos bolsillitos forman el adorno de la túnica.

III. *Falda* formando delantero plegado de cuatro pliegues espunteados; túnica recortada ligeramente en forma.

fino encaje; lazos y volante encañonado de raso color rosa.

V. *Almohadilla* de raso blanco, plegado de tafetán verde pálido, volante encañonado y lazos verdes. Volante de encaje.

14 a 20. TRAJES PARA JOVENCITAS.

He aquí algunos graciosos modelos de trajes para jovencitas, dispuestos con distinción, sencillez y elegancia perfectas.

I. *Traje sastre*, de jerga fina, compuesto de falda (muy sencilla), chaqueta larga, formando algunos gruesos pliegues, retenidos por una especie de bolero espunteado.

II. *Traje sastre*. Falda plegada, chaqueta corta con cuello de terciopelo negro y chaleco fantasía de tafetán con florecitas.

III. *Vestido* de gabardina; corpiño muy sencillo, cerrado delante con bellotas de raso; la túnica está dispuesta de modo que este vestido puede constituir un traje sastre o un vestido solo.

IV. *Abrigo para niña de doce años*. La forma pelerina recuerda los abrigos de las mamás. Esta pieza, tan graciosa como práctica, puede confeccionarse de paño inglés; un cuello de terciopelo le da cierto toque de elegancia.

V. *Vestido de niña*, de raso rayado blanco y azul marino. Una pata, formando pequeño canesú en la espalda, retiene el vestido sobre una blusita de tul blanco. Sombrero adecuado, adornado con rosas.

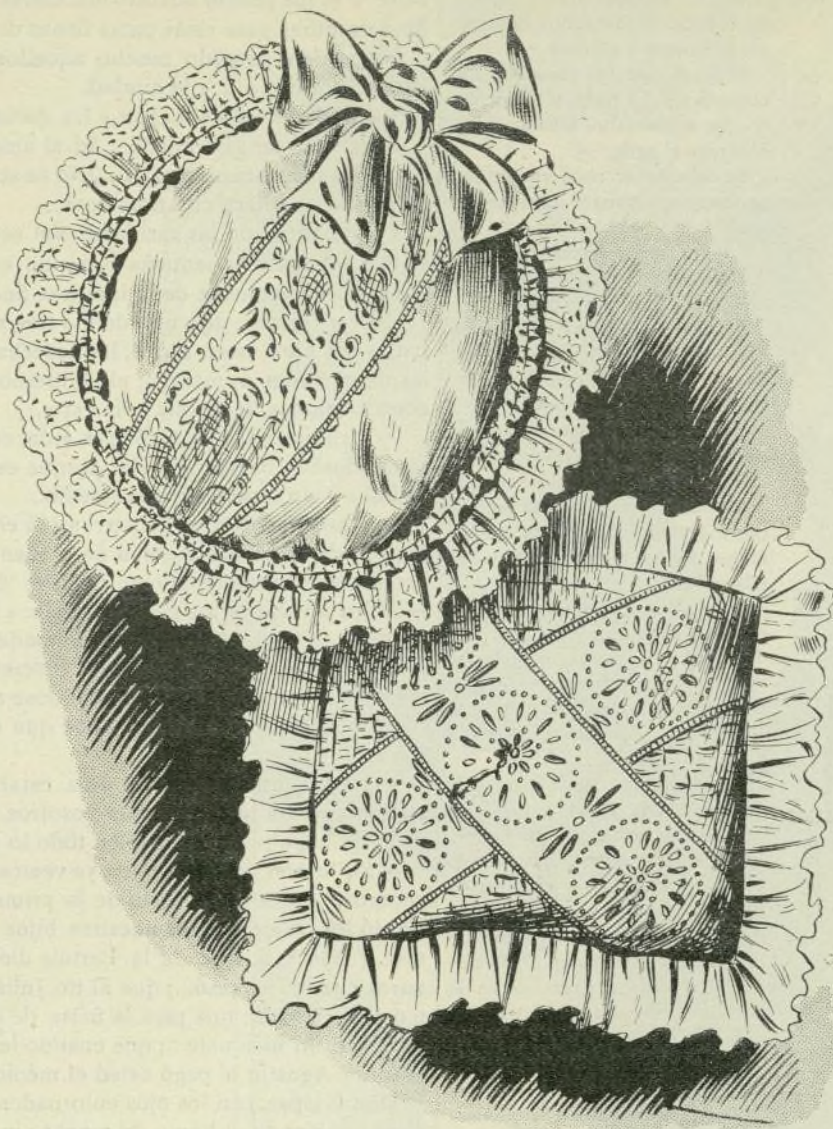
VI. *Traje de vestir*, de glacé flexible; gran cuello de linón blanco; chalequito de fino encaje.

VII. *Vestido* de tafetán blanco; cuello alto y puños de muselina fina; dos hileras de frunces en la cintura dan el ancho de la túnica.

puede impedir a su marido que tome una segunda mujer, si así lo estipula en su contrato; y si consiente en habitar la misma casa que otra mujer, tiene el derecho de vivir aparte. Ni se crea que las señoras turcas consientan en cantar y bailar para divertir a su señor, cosa reservada a las almeas y a las gawasias.

En toda casa turca hay dos habitaciones, la de los hombres y la de las mujeres, y si en la primera hay un amo, en la segunda hay una ama. La visita del marido se hace ceremoniosamente, como la de los parientes más próximos, y como no come con sus mujeres, se entretiene para pasar el tiempo en fumar su narguilé y tomar sorbetes o café. La costumbre es hacerse anunciar con tiempo, y si al llegar a las habitaciones de su mujer encuentra unas pantuflas a la puerta, se vuelve atrás, porque es señal de que tiene amigas de visita, que a veces se quedan con ella uno o dos días enteros.

La desocupación absoluta es la vida normal de la mujer turca; pertenezca a la clase que quiera, está perpetuamente condenada a la holganza; de ahí el tedio, ese terrible enemigo de los ociosos, que hay que combatir constantemente para no aburrirse, y



9 y 10.—Labores de fantasía

contra el cual se inventan todos los placeres y diversiones. En los harenes ricos, cada mujer supone un tren de casa completo, y estas damas se reúnen, siempre previa invitación, ya en casa de una, ya de otra, divirtiéndose con toda clase de juegos, cuentos y conversaciones, música, cantos, bailes y pantomimas. Hay además los baños en común, con sus juegos especiales, los paseos y las correrías por los jardines y las azoteas, el balanceo de las hamacas, las meriendas, y sobre todo las diabluras que inventan contra los eunucos, negros y negras, cuyos alaridos y contorsiones las divierten sobremanera.

En cuanto a la libertad de salir y de hacer visitas, el derecho del marido se limita a ordenar que la acompañen sus esclavos, precaución sin resultado, pues nada más fácil que burlar esta vigilancia. La igualdad de los trajes facilita las aventuras, y en los cafés y en las tertulias no se oyen otras historias que las de enamorados que se disfrazan de mujer para penetrar en el harem. No hay, sin embargo, que hacer gran caso de estas narraciones, no porque no sea realmente fácil la aventura, sino porque el musulmán es, en general, poco dado al adulterio, y en cuanto a los cristianos forasteros, son raras las ocasiones y mayores las dificultades de infringir la ley.

La mujer turca no sale nunca sola, y es muy frecuente encontrarlas en grupos de diez o doce recorriendo tiendas y riendo a carcajadas. Las visitas que hacen son de tres clases: pedidas y concedidas, de sorpresa y de aventuras. Cuando las damas de una casa quieren visitar a sus amigas de otro harem, se hacen anunciar por eunucos, y recibida la respuesta afirmativa, acuden con sus trajes de gala, de rigor en tales casos, y son recibidas con entusiasmo; fuman, charlan, toman café, limonadas y jarabes, comen frutas y dulces, juegan y murmuran. Suprimido el aviso de la visita, las invitaciones consiguientes y los trajes de gala, tenemos la visita de sorpresa, que no se diferencia de la anterior ni en la duración ni en los obsequios a las visitantes. En cuanto a las visitas de aventuras, son cosa realmente curiosa: varias señoritas se juntan en grupo y van a llamar a las puertas de casas desconocidas, visitando de este modo a personas a quienes nunca han visto y que ordinaria-

mente acogen con agrado a las visitantes, obsequiándolas lo mejor que pueden.

Los paseos son originales y equivalen a una partida de campo llena de alegría, con meriendas, pantomimas, cánticos, bailes, carreras a caballo, etc. En

cuanto a los baños, las mujeres se ponen de acuerdo con anticipación, y el día convenido se levantan al rayar el día, se adornan con sus mejores trajes y se hacen conducir al establecimiento elegido, pasando allí todo el día en abluciones, francachelas, juegos y bailes y a veces en altercados que degeneran en verdaderas batallas cuando se juntan grupos de bañistas de sectas diferentes.

Las mujeres turcas pueden poseer por sí bienes personales, fuera de la autoridad del marido, y tienen el derecho de divorciarse por ciertos motivos establecidos por la ley. El marido no necesita motivos; le basta decir a su mujer ante tres testigos: «estás divorciada», para que el divorcio quede consumado. Si quisiera volverse atrás no podría hacerlo, a menos de que ella se hubiera casado después con otro y hubiera quedado libre por otro divorcio o por viudez. Aunque sólo los grandes personajes usan de la poligamia, por ostentación o por gusto, hay también pobres diablos que se casan con varias mujeres para vivir del producto de su trabajo y tienen tres o cuatro casas en distintos barrios de la ciudad, sin que las unas sepan de las otras hasta que, cuando menos se piensa, se descubre el lío y acaba el marido por ser expulsado de sus diversos domicilios, pues si la ley le permite tener varias mujeres, le impone la obligación de mantenerlas.

CONSEJOS ÚTILES

Es imposible tener un semblante bonito cuando el estómago, el hígado o los intestinos funcionan mal. Las perturbaciones que estos órganos experimentan influyen directamente sobre la piel. Ésta se reseca, se marchita, se cubre de arrugas, o bien enrojece, se congestiona y cubre de barros, según que la digestión y demás funciones a ella consiguientes se realicen o no felizmente.

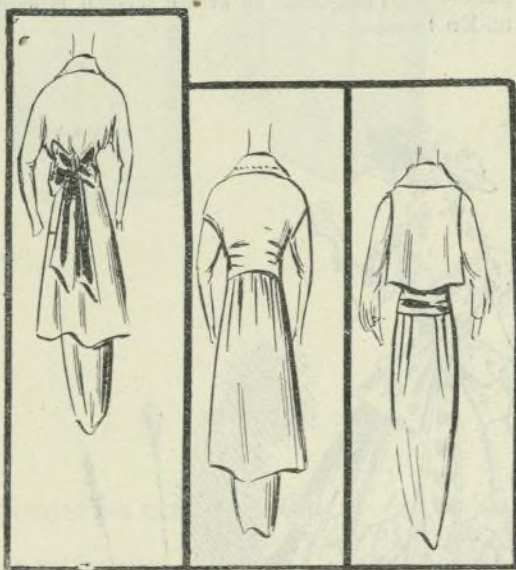
¡Cuántos semblantes han echado a perder los granos! Y esto es debido a que los granos guardan relación estrecha con el estado del estómago.

¡Cuántos rostros desfigurados por eczemas, empeines, sarpullidos y herpes! Todas las enfermedades dependen absolutamente del mismo órgano.

La alimentación debe ser, por consiguiente, revisada escrupulosamente. El estómago que quiera funcionar bien, será prudente. Las obesas, las delgadas, las dispépticas, las anémicas y las sanguíneas no pueden soportar la misma clase de alimentos.



11 a 13.—Labores de fantasía



14 a 16.—Trajes para jovencitas

También debemos tener presente la calidad de la nutrición. La mujer que pretende conservar la pureza de las líneas y el primoroso modelado de sus formas no debe comer mucho.

De la calidad de la nutrición depende la coloración del cutis. Para que el color sea delicado, es prudente usar, en cuanto sea posible, una alimentación blanca, sin sustancias inflamatorias capaces de ejercer una acción refleja sobre la piel.

En general, si se quiere conservar un cutis hermoso, hay que comer poca carne. Las verduras son mucho mejores, si bien hay algunas que desde el punto de vista de la belleza son mejores que otras.

«Las espinacas y los puerros dan a la piel el color del lirio», dice un proverbio francés del siglo XV.

Las zanahorias, los tomates, los pepinos tienen propiedades excelentes para la piel.

El uso frecuente de mantequillas, de grasas de tocino y de aceites es perjudicial desde el punto de vista de la pureza de la piel. No hay que abusar tampoco de pasteles ni de bombones.

No se debe comer diariamente dulces ni quesos, excepción hecha del Gruyère legítimo.

Es útil emplear prudentemente las especias y los ácidos, tales como el vinagre y el limón.

El té, el café y el chocolate son inofensivos. La leche y la limonada, por el contrario, son inmejorables para el cutis.

Se debe beber poco vino y con preferencia mezclarlo con agua mineral.

Otro proverbio francés dice: *Boire de l'eau fait le teint beau; boire du vin fait le gros teint.*

No hay que abusar del té, que hace adelgazar. Nuestras abuelas, que no lo bebían, eran robustas, gallardas y bien modeladas.

La bebida ideal para la belleza sería un vaso de agua caliente antes de la comida principal.

Recomiendo comer todas las frutas, especialmente manzanas y naranjas. La grosella, la cereza, el albaricoque y el melocotón son excelentes para mejorar la coloración del cutis. Las uvas bien maduras son muy buenas para la salud. La fresa refresca la sangre, pero hay que desconfiar de ella cuando se está propensa al eczema y a la urticaria.

Se cuenta que cierta baronesa, que fué una de las más grandes bellezas de la corte de Luis Felipe, y que a los ochenta y cuatro años conservaba todavía el cutis fresco de una joven, no había comido durante cuarenta años más que naranjas: doce naranjas en el almuerzo, otras doce repartidas en el transcurso del día y diez para cenar, con un pedazo de pan y un vaso de vino de Burdeos.

Muchas mujeres bonitas, que tienen un cutis adorable, se alimentan casi exclusivamente de verduras y frutas cocidas.

La célebre marquesa de Cregni, que vivió en el siglo XVIII y murió a los cien años, durante la mitad de su vida sólo comía verduras estofadas, caldo de gallina y compotas.

De todos modos, no se debe fatigar nunca el estómago comiendo con exceso, porque las digestiones serían defectuosas. Comer mucho y, sobre todo, comer a menudo, es una costumbre fea.

Se debe comer solamente tres veces al día: por la mañana un vaso de leche fresca y pura, con un panecillo o un bizcocho untado de fina mantequilla; a mediodía un almuerzo confortable y sano, sin excesos de carnes ni guisotes, sino abundantes en verduras substanciosas, frutas, buen vino y con una tacita de perfumado moka.

Nada de aperitivos, o esto como excepción rarísima.

El té es una costumbre inglesa muy agradable, pero también muy perjudicial para la salud.

Por la noche, y no muy tarde, se debe tomar una comida buena, pero ligera, sin sabias combinaciones culinarias. Las truchas, el fugu, la caza, son exquisiteces de

las que sólo debemos disfrutar de tarde en tarde.

Es bueno pasear un poco después de cenar. Hay que dejar al estómago realizar su obra sin fatigarlo con ejercicios violentos o difíciles preocupaciones intelectuales. «Hacer la digestión» es una vieja frase que no debemos olvidar. Los romanos de la decadencia tenían la excelente costumbre, no bien terminaban de comer, de recrear sus ojos en la contemplación de lindos bailes ejecutados al ritmo de las flautas.

Claro es que en nuestra vida moderna no puede acomodarse este digestivo especial y poco práctico. Lo esencial consiste en descansar después de cada comida, charlando un poco en un buen sillón, dejando así que el estómago labore tranquilamente.

DON GASPAR, EL LIMOSNERO

—¿Está el señor?, preguntó uno de ellos, dando a su voz la entonación más fina que puede imaginarse.

—Está; pasen ustedes, respondió secamente la don

cella. Y se fué pasillo adentro murmurando. ¡Lástima de herraduras para estas patas llenas de barro!...

Lo habían pensado mucho aquellos campesinos hasta decidirse a ir a la ciudad.

Sus mujeres los animaban y les decían:

—Pero no tengáis miedo... Id al amo, que ya sabéis lo mucho bueno que es... ¿No os acordáis de las caridades que hace con nosotros?...

Y animados con las caridades del señor, fueron a él tres labradores, pequeña comisión nombrada por el ejército de colonos de la inmensa finca.

—Don Gaspar, dijo uno de los tres, rascándose la barba, los años están malos, las cosechas se hunden, las necesidades aumentan, el Gobierno nos pierde a contribuciones, todo está más caro...

—Y se nos hace imposible la vida, continuó otro, rascándose la barba también; porque estamos apuradísimos y sin esperanza de remedio...

—Y nos hemos dicho, interrumpió el tercero, contagiado de la misma picazón en el mentón, vamos a ver al señorito y a decirle en nombre de todos que suba los jornales a los peones, que nos baje un poco el arriendo a los otros, que se compadezca...

Don Gaspar, con voz suave y discreta, fijando en ellos su punzante mirada, rascándose a su vez también la barba por no ser menos que ellos, les habló así:

—Y para mí ¿no está la vida cara?... Y aunque aumentan para mí, como para vosotros, las necesidades, ¿no hago por vuestro bien todo lo que puedo?...

—Sí, fueron diciendo ellos, ya vemos que es usted generoso...; que en la fiesta de la primera comunión regaló los trajes a todos nuestros hijos que la hicieran...; que a la hija de la Bartola dió usted veinte duros cuando se casó...; que al tío Julián le pagó usted el entierro...; que para la fiesta de la capilla nos da usted un banquete...; que cuando le pilló el trillo al señor Agustín le pagó usted el médico...

Don Gaspar, con los ojos entornados, cual si estuviese recibiendo el humo de muchos incensarios, los dejaba hablar. Cuando se callaron abrió él los labios para decir tan sólo:

—¿Y pues?... ¿Qué más queréis?...



17.—Abrigo para niña



Gaston DROUET, Editeur Paris

EL SALON DE LA MODA

Reproduction Prohibida

Montaner y Simon Editores Barcelona

XXIX-811

ESTREÑIMIENTO
SUPOSITORIOS CHAUMEL

para Adultos, y para Niños.

Infalibles; efecto producido en media hora.

FUMOZE - PARIS, y en todas las Farmacias del Globo

Ayuntamiento de Madrid



La "CRÈME SIMON", Es un producto maravilloso para el cuidado del rostro y su belleza.
— Polvo de arroz y jaboncillo a la "Crème Simon".



—Si a cambio de estas cosas, nos diera usted lo otro, se atrevieron a decir, temerosos, tras de breves instantes de reflexión.

—¡Hombre!, saltó el amo, me gusta vuestra gramática parda... Pues no; no perdono arriendos, ni subo jornales... El que no esté conforme, que se vaya...

—Señorito, que los jornales son muy bajos, replicaron ellos.

—Lo dicho, lo dicho, siguió él; el que no esté conforme, que se vaya...

Al bajar la escalera, pensaban los colonos:

—¿Si será que sus caridades le salen más baratas que la miseria de justicia que le pedimos?...

¡Oh, si se hubiera enterado de esos pensamientos don Gaspar! ¡Entonces sí que les hubiera dicho: me gusta vuestra gramática parda!

Aquella habitación era una monada de celda para un contemplativo.

Todas sus dependencias—cocina, comedor, despacho y dormitorios—cabían en un puño; y, además, empinada sobre los tejados, con vistas hacia el cielo.

Desde que se ordenó—y ya hacía de eso veinte años—don Francisco, el capellán de Santa Rosa, habitaba allí.

De vez en cuando iba a verle el dueño de la casa, don Gaspar, y le encargaba misas.

—¡Por Dios!, le decía don Paco, ¡molestarse usted en subir hasta aquí!...

—Calle usted, que ya pondré ascensor.

—¿Ascensor?...

—Sí, no se ría usted, don Francisco, que a fe que la casa lo merece...

—¡Pobres piernas del cural, suspiraba, transfigurado, don Francisco.

—Y cuando acabe usted con esas misas, avíseme-lo, decía don Gaspar al despedirse.

—¡Dios se lo pague, Dios se lo pague!, le bendecía la voz del sacerdote. Y añadía: Cuidado con caer... Ese escalón octavo...

—¡Calle usted, mi querido don Francisco, ya verá cuando funcione el ascensor!...

Y el ascensor fué una realidad y con él llegó otra realidad inesperada.



18.—Vestido de niña

Don Gaspar subía el precio de la pequeña habitación de don Francisco.

—Pero señor, por Dios, le rogó éste corriendo a visitarle, que soy pobre, que no puedo pagar más, que yo no pedí ese lujo... Además, tenga usted en cuenta los años que llevo en la casa y lo cuidada que está la habitación... ¡Vamos!, ya pagaré un poco más, pero no tanto como usted quiere... Sea usted compasivo y generoso...

—Me parece que tiene usted motivos para conocerme...

—Sí, señor, sí, y Dios le pague todo...

—Pues bien, he sacado mis cuentas y no puedo, no puedo pasar por otra cosa... Si a usted no le conviene... Por lo demás, siempre que le haga falta, ya sabe usted que puede celebrar a mi intención.

Al bajar la escalera iba hablando el cura:

—No entiendo, no entiendo a este señor...

Todos los jueves, al vaciar la bolsa de la colecta de la Conferencia, aparecía, entre un montoncillo de perros, perras y pesetas, aparecía triunfador y ufano un durc brillante como un sol.

A las mentes de todos los socios acudía el mismo pensamiento:

—De don Gaspar...

Gracias al espléndido señor, aquella Conferencia de San Vicente de Paúl marchaba viento en popa, sin agobios, sin trampas, con holgura, con medios para mostrarse generosa en su bella misión de caridad y amor.

Porque aquel duro no suponía nada en comparación de lo que el limosnero caballero hacía siempre que el presidente de la mesa, en cualquier necesidad o apuro, acudía a él.

Un día acordó la Conferencia el fundar un Ropero.

—Yo entiendo de eso, expuso don Gaspar, y les prometo a ustedes unos cientos de prendas.

Y, efectivamente, al otro jueves pudo hablar así:

—¿Ven ustedes estas camisas?... Fuertes, hermosas, de abrigo para los pobres... A 19'45 pesetas la docena... Y estos calzoncillos a 14'60 pesetas la docena... Y la docena de estas toquillas a 11'20...

Todos los socios estaban asombrados, y más que todos uno, un jovencillo que dejaba de fumar un día, y otro día no tomaba café para poder echar en la bolsa un par de reales.

El cual, a la salida, abordó a don Gaspar para decirle:

—¿Y cómo puede ser a 11'20 y a 14'60 y a los demás precios la docena de todas estas ropas?...

—No lo sé, Antonio; yo tampoco lo entiendo, que más redonda nos saldría la cuenta si doce calzoncillos costasen doce reales.

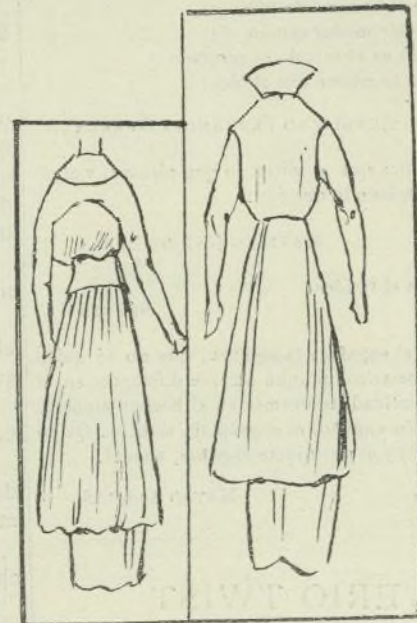
—No voy a eso, le repuso Antonio. Quiero decir que cuán bajos jornales, qué jornales de hambre, qué irrisión, qué miseria habrán cobrado las mujeres que hayan cosido eso...

—Y usted y yo ¿qué tenemos que ver?... dijo el otro asombrado.

—Sí tenemos que ver, siguió con dejos de tristeza el joven; porque si usted y muchos como usted no tuvieran empeño en comprar tan barato, el trabajo



19 y 20.—Trajes para jovencitas



no sería despreciado y una cristiana no pasaría por la afrenta de cobrar treinta céntimos después de estar trabajando todo el día y parte de la noche... ¡Quién sabe si alguna de esas toquillas irá a parar a la mujer que la hizo y la infeliz, al conocer la obra de sus manos, llorará sobre ella!...

J. LE BRUN.

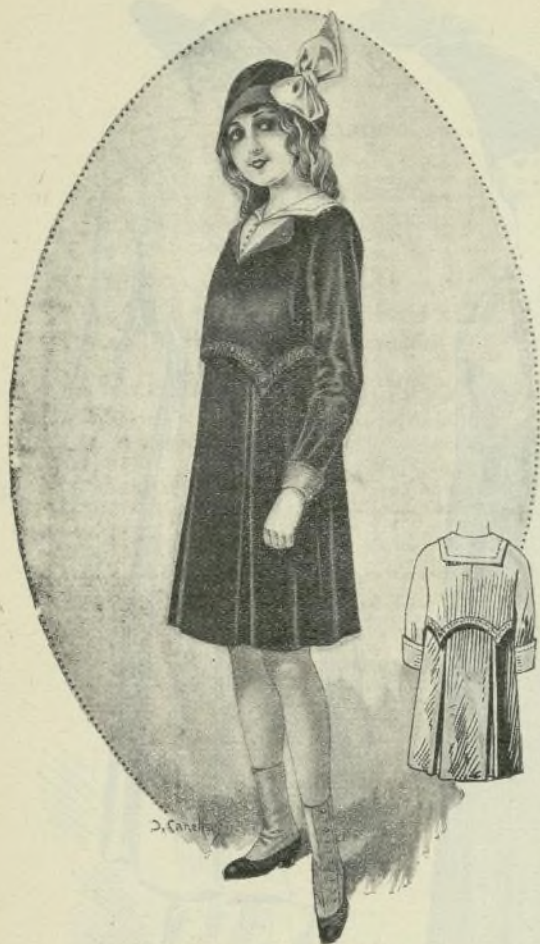
PENSAMIENTOS

Hablar de lo que se ha de callar, nos precipita en el peligro y en la muerte.

VICENTE ESPINEL

El que da ponzoña con oro la cubre.

PLAUTO



21.—Trajecito de terciopelo

Este modelo de trajecito para niña de 8 a 11 años, resulta de gran efecto si se confecciona de tela lisa la blusa y de dibujo escocés o bayadera la falda. El pecherín, cuello y bocamangas, siempre de otomano blanco.

El hombre se contraría en las revueltas del mundo físico y en los sofismas del mundo moral, en busca de un bien que lleva, sin saberlo, en el corazón.

EULOGIO FLORENTINO SANZ

En el humano vaivén,
¿qué vale mudar estado
cuando en el mundo es prestado
el mal lo mismo que el bien?

AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA

Hay muchos hombres que no dicen lo que piensan, y algunos que piensan demasiado lo que dicen.

MARIANO JOSÉ DE LARRA

El peor enemigo es el traidor.

SÉNECA

Son tan parecidos el engaño y la mentira, que no sé quién pueda o sepa diferenciarlos; porque aunque diferentes en el nombre, son de una entidad, conformes en el hecho; supuesto que no hay mentira sin engaño, ni engaño sin mentira. Quien quiere mentir, engaña; y el que quiere engañar, miente.

MATEO ALEMAÑ

OLIVERIO TWIST

NOVELA DE CARLOS DICKENS

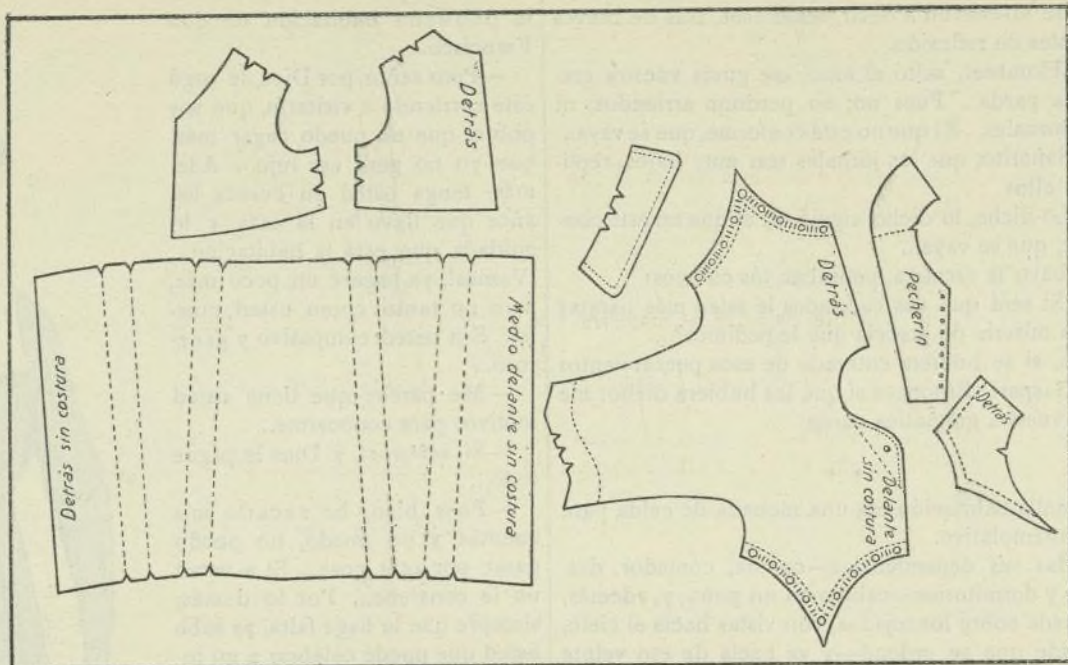
(Continuación)

Gamfield, después de dar a su asno un golpe en la cabeza y otra sacudida como por vía de precaución para que no le diese la humorada de marcharse, siguió al del chaleco blanco a la sala donde Oliverio había visto al caballero la primera vez.

—Es un oficio muy sucio, dijo el señor Limbkins cuando Gamfield hubo reiterado su petición.

—Muchos niños se han ahogado en las chimeneas, murmuró otro señor.

—Eso consiste en que se mojaba la paja antes de encenderla, para hacerlos bajar, dijo Gamfield; de este modo se produce humo en vez de llama, y aquél no llena el objeto, pues no hace más que adormecer a los chicos, que es justamente lo que ellos quieren.



22.—Patrones del trajecito de terciopelo

No hay nada mejor que una buena llama para obligarles a bajar volando, en atención a que, viéndose cogidos en la chimenea, se dan más prisa para salir del paso al sentirse tostar la planta de los pies.

Esta explicación pareció divertir mucho al señor del chaleco blanco; pero una mirada grave de Limbkins puso fin a su alegría. El consejo procedió a deliberar durante algunos minutos, mas en voz tan baja, que sólo se oyeron estas palabras:

—Seamos económicos: esta es la ocasión de publicar un buen informe.

Al fin aquella conversación en voz baja tuvo un término, y habiendo vuelto los miembros del consejo a ocupar sus asientos y su actitud majestuosa, el señor Limbkins tomó la palabra y dijo:

—Hemos examinado vuestra petición y no podemos acceder a ella.

—La rechazamos completamente, dijo el señor del chaleco blanco.

—Sin vacilar, añadieron los demás miembros.

Gamfield quedó admirado, pues fundándose en la opinión que tenía formada acerca del tratamiento que recibían los chicos en el asilo, no comprendía que los administradores rechazasen su oferta. Dando mil vueltas a su gorra, alzóse lentamente de la mesa, y al llegar al umbral de la puerta exclamó:

—¿Conque es decir, señores, que no queréis darme?

—No, contestó Limbkins; o cuando menos, como el oficio es muy sucio, nos parece que la recompensa ofrecida debería disminuirse.

El semblante de Gamfield brilló de alegría; acercóse de nuevo a la mesa y repuso:

—¿Cuánto me daréis, señores? Veamos, no seáis demasiado exigentes con un pobre hombre; ¿cuánto me daréis?

—Me parece que sería bastante tres libras y diez chelines, repuso Limbkins.

—Y aun el pico sobra, añadió el del chaleco blanco.

—Vamos, dijo Gamfield, pongamos cuatro libras, señores; ¡cuatro libras, y quedáis desembarazados para siempre del chico! ¿Está dicho?

—Tres libras, diez chelines, repitió Limbkins con firmeza.

—¡Eal, señores partamos la diferencia, dijo Gamfield insistiendo; sean tres libras y quince chelines.

—Ni un óbolo más, exclamó Limbkins.

—Sois inexorables conmigo, dijo Gamfield vacilando.

—¡Bah!, ¡bah!, ¡tontería!, exclamó el del chaleco blanco; aun tomándole por nada, sería un buen negocio. No seáis necio, y aceptad el chico, que os será muy útil; necesita algún correctivo; pero no os costará mucho alimentarle, pues desde que nació no ha tenido ninguna indigestión. ¡Jal!, ¡jal!, ¡jal!

Gamfield dirigió una mirada socarrona a los miembros del consejo, y viendo la sonrisa en todos los semblantes, dejóse también llevar de su hilaridad.

El trato quedó cerrado, y Bumble recibió la orden de conducir aquel mismo día a Oliverio Twist ante el magistrado, que debía firmar y aprobar el contrato de aprendizaje.

En consecuencia de esta resolución, el pequeño Oliverio fué sacado del calabozo, con gran sorpresa suya, y se le puso una camisa limpia. Terminada aquella operación tan poco acostumbrada, Bumble le trajo un tazón de puches y, como en los días de fiesta, dos onzas de pan.

A la vista de esto, Oliverio echó a llorar pensando, no sin razón, que al engordarle de aquel modo, el consejo habría proyectado en secreto matarle, con algún objeto humanitario.

—No te pongas así los ojos, Oliverio; come bien y alégrate, dijo Bumble con aire magistral; vas a entrar en aprendizaje. Oliverio.

—¡En aprendizaje!, dijo el niño temblando.

—Sí, Oliverio, repuso Bumble; los hombres caritativos y generosos, que han hecho contigo las veces de padres, puesto que tú no le tienes, van a ponerte en aprendizaje, a lanzarte en la vida; y hacer de ti un hombre, por más que esto cueste a la parroquia tres libras y diez chelines. ¡Tres libras, diez chelines, Oliverio, setenta y dos chelines!... ¡ciento cuarenta y dos piezas de seis peniques! ¡Y todo esto por un miserable huérfano a quien nadie quiere!

El bedel se detuvo para tomar aliento después de haber pronunciado aquel discurso con tono doctoral; las lágrimas inundaban los ojos del pobre niño, que sollozaba amargamente.

—Vamos, continuó Bumble con menos énfasis, pues hallábase halagado su amor propio con la impresión que causara su elocuencia; vamos, Oliverio, límpiate los ojos con la manga de tu blusa y concluye de comer. No seas tan tonto.

Al dirigirse a casa del magistrado, Bumble manifestó a Oliverio que todo lo que tenía que hacer era parecer muy contento, y que cuando le preguntasen si deseaba aprender un oficio, debería contestar que sí. Oliverio prometió cumplir con estas dos recomendaciones, tanto más cuanto que el bedel le indicó, que de lo contrario, ignoraba lo que podría sucederle.

Llegados a casa del magistrado, se le encerró en un gabinetito donde Bumble le hizo esperar algún tiempo.

El niño permaneció allí media hora, temblando de miedo, y al cabo de ella el bedel, entreabriendo la puerta, dijo en alta voz:

—Oliverio, amigo mío, venid a ver al magistrado.

Al mismo tiempo, y lanzando al chico una mirada amenazadora, añadió en voz baja:

—Cuidado con lo que te he dicho, tunante.

La habitación adonde fué conducido Oliverio, era una espaciosa sala con una gran ventana: detrás de un elevado bufete, hallábanse dos señores ancianos con el cabello empolvado, uno de los cuales leía un periódico, mientras el otro con ayuda de unos an-

teojos recorría un pequeño pergamino que tenía delante. A pocos pasos hallábase Limbkins, al otro lado Gamfield con su rostro ennegrecido, mientras que dos o tres mocetones se paseaban por el salón.

El señor de las gafas se había ensimismado con su pergamino, y hubo una corta pausa después que Oliverio fué colocado delante del bufete.

—He aquí el niño, dijo Bumble.

El anciano que leía el periódico, alzó la cabeza y tiró a su compañero de la manga.

—¡Ah!, ¿es éste el niño?, preguntó.

—Sí, señor, repuso Bumble. Salud al magistrado, amigo mío.

Oliverio, armándose de valor, saludó lo mejor que pudo: con los ojos fijos sobre la empolvada peluca de los magistrados, preguntábase si vendrían todos al mundo con aquella estopa blanca en la cabeza, teniendo por eso el privilegio de ser magistrados.

—Muy bien, dijo el señor de las gafas; ¿supongo que tendrá afición al oficio de deshollinador?

—Delira por él, señor, replicó Bumble, pellizcando a Oliverio para hacerle comprender que no debía contradecirle.

—¿Es decir, que quiere ser deshollinador?, preguntó el magistrado.

—Si se le diese otro oficio mañana, se escaparía inmediatamente, repuso Bumble.

—¿Y este hombre será su amo?, continuó el magistrado. Supongo que le trataréis bien, dándole bastante de comer, ¿no es cierto?

—Cuando digo que sí, es que sí, replicó Gamfield.

—Vuestro tono es brusco, amigo mío; pero tenéis todo el aire de un hombre honrado, que habla con franqueza, dijo el magistrado, dirigiendo su mirada hacia el candidato de las cinco libras, cuyo exterior hediondo revelaba la crueldad.

Pero el magistrado estaba casi ciego, y así no podía esperarse que viese tan claro como los demás.

—Os doy gracias por vuestras palabras, repuso Gamfield con una espantosa sonrisa.

—Muy bien, amigo, dijo el magistrado colocándose las gafas y buscando con la vista el tintero.

Aquel era el momento crítico en que iba a decidirse la suerte de Oliverio; si el tintero hubiese estado en el sitio donde miraba el anciano, éste hubiera mojado su pluma y firmado acto continuo el acta de aprendizaje; pero quiso la casualidad que el tintero se hallase precisamente debajo de sus narices mientras él lo buscaba por todas partes sin verlo. Durante esta pesquisa, miró delante de sí, y sus ojos se fijaron en el pálido y trastornado semblante de Oliverio, que a pesar de las significativas miradas y de los pellizcos de Bumble, contemplaba el exterior espantoso de su futuro amo con una expresión de horror harto visible, para que dejara de notarla aun el mismo magistrado medio ciego.

El anciano se detuvo, y dejando la pluma, miró fijamente a Limbkins, que en aquel momento tomaba un polvo de rapé afectando la mayor indiferencia.

—¡Hijo mío!, exclamó el magistrado inclinándose sobre el bufete.

Oliverio se estremeció al oír aquellas palabras, y no era de extrañar su turbación, si se atiende a que el anciano las pronunció con acento benévolo; un rumor desconocido asusta siempre, y el niño, temblando de pies a cabeza, se deshizo en lágrimas.

—Hijo mío, dijo el magistrado, estáis pálido y parece que tenéis miedo; ¿por qué es eso?

—Apartaos un poco del chico, señor bedel, dijo el otro magistrado, dejando su periódico e inclinándose hacia Oliverio con aire de interés. Vamos, hijo mío; ¿qué os pasa? No tengáis miedo.

Oliverio cayó de rodillas, y, juntando las manos, suplicó a los magistrados que mandaran se le llevara otra vez al calabozo, pues prefería morir de hambre y que le pegasen o mataran antes que ser entregado en manos de aquel hombre que le hacía temblar.

—¡Bien!, dijo Bumble, alzando los ojos y las manos con aire majestuoso; ¡bien, Oliverio! De todos los huérfanos astutos y embusteros que en mi vida he visto, tú eres uno de los más descarados.

—¡Callaos, bedel!, exclamó el segundo magistrado.

—Dispénseme vuestra señoría, repuso Bumble, que no daba crédito a sus oídos; ¿es a mí a quien se dirige vuestra señoría?

—Sí, callaos.

Bumble se quedó estupefacto: imponer silencio a un bedel era en su concepto una cosa inusitada.

El magistrado de las gafas miró a su colega, y después de hacer con la cabeza un movimiento de aprobación, dijo en voz alta, arrojando a un lado el pergamino que tenía en la mano:

—Sabed que rehusamos sancionar el acta de aprendizaje.

—Espero, balbuceó Limbkins, que por el testimonio, sin valor, de un niño, los magistrados no sospecharán de la conducta de las autoridades parroquiales.

—Los magistrados no tienen que resolver sobre ese punto, dijo el señor de las gafas con acento breve; conducid a ese niño al asilo y tratadle bien, pues me parece que lo necesita. Ya podéis retiraros.

Aquella misma tarde, el señor del chaleco blanco aseguraba de nuevo de la manera más formal que Oliverio se haría ahorcar. Bumble se encogía de hombros con aire sombrío y misterioso, y dijo que deseaba que el chico acabase bien. Gamfield, por su parte, manifestó que se hubiera alegrado de tener el chico.

Al día siguiente por la mañana se hizo saber al público que Oliverio Twist estaba para alquilar, y que cualquiera que se encargase de él recibiría una recompensa de cinco libras.

CAPITULO IV

En las grandes familias, cuando un joven va entrando en años y no se le puede proporcionar una colocación ventajosa por compra, sucesión o supervivencia, se acostumbra generalmente enviarle a la marina. El consejo administrativo, deseando seguir un ejemplo tan saludable, deliberó sobre la oportunidad de embarcar a Oliverio a bordo de cualquier buque mercante. Este pareció a los administradores el mejor partido que podían tomar, pues era probable que el patrón se entretuviese un día, después de comer, en zurrar al chico hasta matarle, ó bien en romperle la cabeza con una barra de hierro. Sabido es que para la gente de mar ésta es una distracción que no carece de atractivo. Cuanto más consideraba el consejo este asunto desde tal punto de vista, hallábase más ventajas, y al fin se convino en que el único medio de asegurar el porvenir de Oliverio, era embarcarlo sin dilación.

Bumble había sido enviado para practicar algunas diligencias preliminares con el objeto de encontrar un capitán cualquiera que quisiese encargarse del chico. Al volver al hospicio a dar cuenta del resultado de su misión, encontróse en la puerta el empresario de las pompas fúnebres de la parroquia, el señor Sowerberry en persona.

El señor Sowerberry era un hombre alto y delgado, vestía un traje todo negro y llevaba zapatos de hebilla. La naturaleza no le había dotado de un semblante risueño; mas a pesar de esto, era su expresión afable. Al abordar a Bumble le estrechó cordialmente la mano.

—Vengo de tomar la medida de dos mujeres que han muerto anoche, amigo Bumble, dijo el empresario de las pompas fúnebres.

—Haréis fortuna, mi buen Sowerberry, repuso el bedel, tomando un polvo de rapé, que le ofrecía su interlocutor; os digo que haréis fortuna, repitió, dándole amistosamente un golpecito en la espalda.

—¿Lo creéis así?, preguntó el empresario, que no quería decir sí ni no; advertid, no obstante, que los precios fijados por la administración son muy mezquinos, amigo Bumble.

—Y vuestros ataúdes también, repuso el bedel con un aire que se acercaba a la broma tanto como convenía a un funcionario importante.

—Es verdad, amigo Bumble, replicó Sowerberry soltando la carcajada; preciso es confesar que desde que está en vigor el nuevo sistema alimenticio, los ataúdes son más estrechos y menos profundos; pero es preciso ganar alguna cosa, amigo Bumble; la madera seca cuesta muy cara, y las abrazaderas de hierro vienen de Birmingham por el canal.

—¡Bah!, dijo Bumble, todo oficio tiene su beneficio y sus inconvenientes, y siempre se saca una buena utilidad.

—Es claro, replicó Sowerberry, si no gano sobre cada artículo en particular, saco mi ganancia en el todo. ¡Eh!, ¡eh!, ¡eh!

—Precisamente, dijo Bumble.

—Es menester confesar, sin embargo, continuó Sowerberry, reanudando el hilo de su discurso, interrumpido por el bedel es menester confesar, amigo Bumble, que tengo en mi contra una gran desventaja, y es que los robustos son los primeros que se mueren. Quiero decir que todos aquellos que han vivido cómodamente, y pagado sus contribuciones mucho tiempo, son los primeros en sucumbir cuando entran en el establecimiento. Y ved, amigo Bumble, que tres o cuatro pulgadas más de lo que se calculó, hacen una gran merma en las ganancias, sobre todo teniendo una familia que sostener.

Como Sowerberry decía esto con el tono indignado de un hombre que tiene motivos para quejarse, y creyese Bumble que podrían surgir de esto algunas reflexiones desfavorables para los intereses de la parroquia, creyó prudente hablar de otra cosa, y Oliverio Twist le ofreció un nuevo motivo de conversación.

—¿Conocéis por casualidad alguna persona que necesite un aprendiz?, preguntó Bumble; se trata de un muchacho que sólo sirve de estorbo a la parroquia, y ésta, para deshacerse de él, hace ofertas ventajosas, muy ventajosas, amigo Sowerberry.

Al hablar así, Bumble dirigía su bastón hacia el anuncio, que ya sabemos, y daba tres golpes sobre las palabras *cinco libras esterlinas*, impresas en letras mayúsculas de la mayor dimensión.

—A fe mía, contestó Sowerberry, cogiendo a Bumble por la galoneada solapa de su levita, que esto es precisamente de lo que quería hablaros. Sabéis...; ¡pero qué bonito botón lleváis, querido Bumble!; nunca os lo había visto.

—Sí, no es feo, repuso el bedel, mirando con orgullo los grandes botones de cobre que adornaban su levita; tanto éstos, como el sello parroquial, representan a la buena Samaritana curando al viajero herido. El consejo me hizo este regalo el día de mi santo, y lo estrené para asistir a la vista de una causa relativa a un mercader sin recursos, que murió cierta noche junto a una puerta cochera.

—Ya me acuerdo, dijo Sowerberry; el jurado declaró que había muerto de hambre y de frío, ¿no es verdad?

Bumble hizo una señal afirmativa.

(Continuará.)

RECETAS CULINARIAS

Coliflor al gratén

Se limpia y se hace cocer una coliflor, que se retirará de la lumbre y apartará en un plato antes que acabe de cocer. Se procede luego de esta manera: En un plato que pueda soportar el calor del fuego, se coloca una capa de coliflor, se cubre con una capa de miga de pan y pedacitos pequeños de manteca; se cubre y, con fuego encima y debajo, se la hace tomar color. Inútil avisar que la sal que requiera ha de ponerse al hervir la col, y que el plato se debe engrasar con manteca.

Patatas con nata

Se cuecen con agua, se sacan y se cortan en rodajas del mismo modo que cuando se destinan a hacerlas en ensalada o a la hostelera. Se ponen después en una salsa a la crema que se tendrá preparada de antemano en la forma siguiente: En una cacerola de barro barnizada o de hierro se ponen de 120 a 130 gramos de buena manteca fresca, dos cucharadas de harina, sal, pimienta y un poco de nuez moscada. Se le añade nata, y batiendo con la cuchara se deslíe todo. Luego se colocará la cacerola sobre un fuego lento y se la dejará de un cuarto de hora a veinte minutos, revolviéndolo sin cesar. Cuando haya avanzado la cocción de todos estos ingredientes, se pica muy bien un poco de perejil y se le agrega. Es preciso procurar que la salsa no haga grumos, resulte lisa, y consistencia igual.

Merluza escabechada

Después de limpia se parte en rajan y se fríe con buen aceite. Una vez frita, se ponen los trozos en una olla de tamaño conveniente, y si es de las no barnizadas, mucho mejor. Se llena con agua (cuatro partes) y con vinagre (tres partes), agregando unas hojas de laurel y tres o cuatro rodajitas de limón. En esta salmuera se le deja tres días, después de lo cual puede usarse.



ANEMIA
DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS
Todos los Medicos proclaman que
el VINO y el JARABE **DESCHIENS** (PARIS)
á la Hemoglobina
CURAN SIEMPRE

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

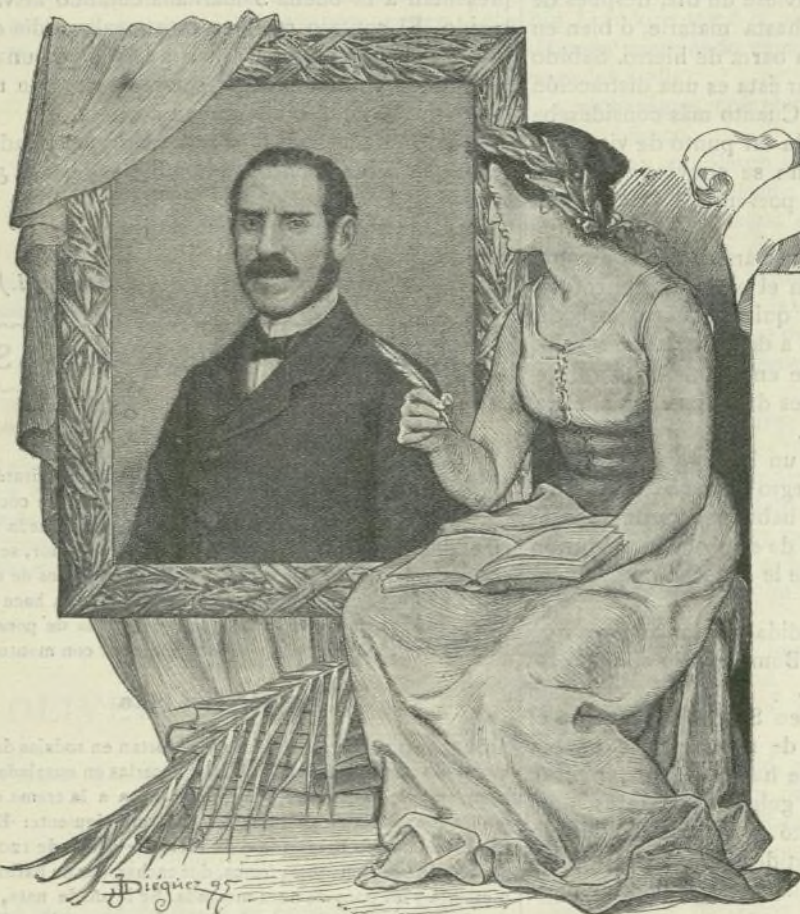


Agua mineral natural TONA ROQUETA

Cura las diferentes manifestaciones del ESCROFULISMO, HERPETISMO y SÍFILIS; los estados morbosos del corazón, riñones é hígado; la cloro-anemia y reumatismo, así como la TISIS y demás afecciones del aparato respiratorio, propias de las fosas nasales, faringe, laringe, bronquios y pulmones.

Se vende en todas las farmacias y establecimientos de aguas minerales.

Los pedidos al por mayor pueden dirigirse á D. JOSÉ ROQUETA, TONA (BARCELONA).



Historia General de España

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

POR D. MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA

CON LA COLABORACIÓN DE

D. A. BORREGO Y D. A. PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 3.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. — Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas. — Su precio 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, a 5 pesetas uno.

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, Bescherelle, Littré, Salvá y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas, las voces antiguas, los Neologismos, las Etimologías, los términos de ciencias, artes y oficios, las frases, proverbios, refranes, idiotismos y el uso familiar de las voces, y la pronunciación figurada. — Obra reconocida por el ministro de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario más completo de los publicados hasta hoy, según puede verse por la carta por él dirigida á nuestro representante en París. — Monsieur: Vous avez bien voulu m'adresser les quatre volumes du nouveau Dictionnaire Française-Espagnol et Espagnol-Française de M. Fernández Cuesta, que viennent d'être publiés à Barcelonne MM. Montaner et Simón. Je vous en remercie bien sincèrement; et c'est assurément le Dictionnaire de langue espagnole le plus complet qui ait paru jusqu'à ce jour, et je ne doute pas qu'il ne rende les plus grands services. — Agrées, Monsieur, l'assurance de mes sentiments les plus distingués. — Le Ministre de l'Instruction publique et des Beaux Arts, LOCKROY. — Cuatro tomos encuadernados, cincuenta y cinco pesetas, pagadas en varios plazos.